LA HORA

25 cénimos

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Año I. SEMANARIO GRÁFICO INDEPENDIENTE Núm. 2.

LA HORA
Dirección y Administración: Gran Vía, 18, y Caballero de Gracia, 17.
SE PUBLICA LOS DOMINGOS MADRID

LOS DOS

SILVESTRE-CAVALCANTI

La historia de España está llena de hechos gloriosos. Nuestra raza da hombres heroicos y esforzados. Mas ¡ay!, que el heroísmo no es la suprema gloria. La suprema gloria es el triunfo prudente y razonado.

En todas las páginas de la guerra vemos generales heroicos, llenos de ardor y de amor a España. Hombres que ponen el corazón en la punta del sable y que van a la muerte con la frente en alto. Hombres recios que, cuando caen para siempre, aprietan en la diestra un arma y desvanecen en los labios un grito de ardoroso patriotismo.

El glorioso Fernández Silvestre cayó para siempre en la acción de Annual. Temperamento hecho a golpes de la adversidad, creía en la muerte, pero jamás la temió. La trataba como a una mala hembra: con desprecios y humillaciones. Soldado enérgico y resuelto, más de una vez puso el pie donde nadie se había atrevido a llegar.

Fernández Silvestre era un hombre recio y un heroico general...

Hace unos tres meses, con motivo de una gran fiesta militar en Valladolid, los dos generales, Silvestre y Cavalcanti, fueron sorprendidos por los redactores gráficos en animada conversación. Y vedlos ahí a los dos: el que fué y el que es... Unos quince días después de hecha esta fotografía cayó Silvestre en Annual. Y aquel comandante general, que no fué nunca avaro de su vida, fué substituído por el general Cavalcanti, otro hombre recio y otro heroico general, que ya conoce los destellos de la íntima satisfacción que trae la cruz laureada de San Fernando, y que ya ha tenido gestos de sublime heroicidad. (Recordad la carga de Taxdirt.)

Los dos: Silvestre y Cavalcanti. El que fué y el que es. Heroicos generales, soldados de temple recio y alma batida por las balas rifeñas. Enamorados de la muerte que no faltan a una cita. Pero en estas audacias sucede lo que con el amor: que pierde siempre el que más pone.

Prudencia, cautela, tacto, discreción. Las heroicidades vienen luego con los episodios de la guerra. Generales heroicos, bueno. Generales prudentes, mejor.

Que España, esta madrecita que tiene las entrañas hechas de suavidades de ternura, ya está muy abatida. Sus hijos *llegan tarde a casa;* son unos perdidos que la ven llorar y le prometen un consuelo que no llega nunca o llega tarde. Salen *de casa*, y luego... no vuelven. Para el peligro, prudencia; para la traición, cautela; para el desquite, tacto; y para la adversidad, discreción.

Generales heroicos, hombres recios, almas enamoradas de la muerte, gestos, sublimidades.

Mejor sería que fueran *a casa a dormir* o que no fueran tarde. Porque la madre está muy abatida y tiene surcos en los ojos de tanto como llora.

© Biblioteca Nacional de España

Minutos

Triunfó el primer número de LA HORA. *Es decir, que para nosotros ha sido* LA HORA *del triunfo.*

* * *

Los autores no dan una. Cuatro estrenos, tres meneos.

Los autores no darán una; ¡pero lo que es el respetable!...

* * *

La expulsión de Alberto Ghiraldo es una tontería. Y las tonterías, cuando las cometen los Gobiernos, tienen un calificativo más duro.

* * *

Leemos en un colega: «El crimen del correo de Galicia.»

Perdón. El correo de Galicia, que nosotros sepamos, no ha cometido ningún crimen. En él, sí se cometió uno. Y, vamos, eso de calumniar al correo es como para indignar al conde de Colombi.

* * *

Está visto: cada vez que actúan las autoridades, encarece un artículo. Ahora le ha tocado a la carne. ¿No decía el gobernador que iba a bajar? Pues ha subido.

A la cuenta, el marqués de la Frontera se refería a la carne de los consumidores. Esa sí que baja. ¡Y a qué paso!

En el próximo número publicaremos una información dedicada al señor conde de Colombi, titulada

«Papeles son papeles, — cartas son cartas... Antes llega un telido — que un telegrama.»

Dibujos de López Rubio. Texto de Ramos de Castro y López Marín. Risa para todo el año y unos días.

Emocionadísimos...

LA HORA ha tenido un éxito que para sí lo quisiera Muñoz Seca. Nuestro primer número se agotó más pronto que un toro del duque. A las dos horas de salir el periódico, era cosa de ver a la gente preguntando por LA HORA en todas partes.

A un señor que leía nuestro periódico en Regina, se le acercaron varios.

— ¿Nos hace usted el favor de LA HORA?

— Las doce y cuarto.

— Esa es la de La Equitativa.

— No, señor. Esa es la oficial.

— Es que nosotros nos referimos a la que tiene usted en la mano.

— Entonces, dense ustedes una vueltecita a la noche, porque ésta es una HORA muy larga.

— ¡Pues que Dios le dé a usted una hora cortita!

Infinitos fueron los chistes que a costa del título de nuestro periódico se hicieron. Ahí van algunos:

— ¡Vaya una moza! — le dijeron a una vendedora guapa —. No se puede negar que es una mujer que da LA HORA.

— ¡Chico, qué bien hecho está este periódico! ¡No me explico cómo han podido hacer LA HORA con tan poco dinero!

— ¿Poco?

— ¡Es claro! ¿No ves que LA HORA no tiene más que *cuatro cuartos?*

Y así cuarenta. El favor que el público nos ha dispensado nos servirá de estímulo para ir mejorando el periódico. Muchas gracias, y ustedes que lo vean. Pero que lo vean todas las semanas, ¿eh?

Lo que no queremos decir

No queremos decir que en esta hora de expansiones patrióticas ha faltado una: la de la sinceridad.

* * *

No queremos decir que Martínez Sierra no tiene talento. Lo que decimos es que es más cursi que una corbata con armadura.

* * *

No queremos decir por qué Vitórica sentó plaza *y se fué a las tierras africanas.*

* * *

No queremos decir cuál es el hombre más vanidoso de Madrid.

* * *

No queremos decir cómo se llama un gobernador de una ciudad levantina, que no salía de la Casa de Galicia y hacía vacas de dos duros.

* * *

No queremos decir por qué Mercedes Pérez de Vargas vuelve a la escena.

* * *

No queremos decir por qué Fernández del Villar tiene tanta influencia en Apolo.

* * *

No queremos decir cuál es el político que está temblando que se abran las Cortes.

* * *

No queremos decir que es inicuo que se ande de un lado para otro con los huesos de un caudillo muerto en Annual.

* * *

No queremos decir ni media palabra más, y no la decimos.

LA HORA POLÍTICA

EL SR. CAMBÓ SEGUIDO DE CEROS

TODO sea por *Els segadors!* Cataluña la fuerte, la de las altas chimeneas, la de los largos mandiles, la de las anchas avenidas, merece toda la consideración de los españoles que sientan la vanidad de un pedazo de tierra fuerte y productiva. Pero ¡todo sea por *Els segadors!*

Nuestro bienaventurado ministro de Hacienda, señor Cambó, es un formidable hacendista y hacendoso. Para hacer números le llamaron cuando otro ministro de Hacienda se obstinaba en demostrarnos que cinco y dos eran nueve, y que de diez no llevaba una, sino que llevaba las diez.

Decíamos que el Sr. Cambó es un hombre seguido de ceros, y que en él la unidad tiene el valor de la sensatez y de la cordura. Mas ¡ay!, ¡todo sea por *Els segadors!* El Sr. Cambó ha tenido un gesto de rambla que perdonaremos aunque no podamos olvidarlo. Y no lo olvidamos, porque en estos momentos de exaltación patriótica, el atajar los sentimientos nacionales con amores a la patria chica, ni es oportuno, ni correcto, ni serio.

Con muchísimo respeto — como hacía justicia Pedro Crespo —, lamentamos la actitud del Sr. Cambó, que el día de la corrida patriótica se fué a Barcelona acompañado del Sr. Sedó, actual gobernador del Banco de España. Y se fué a Barcelona porque, según dicen — la Prensa lo ha dicho en «voz» alta —, sintió la tristeza del bien ajeno. ¡Aquello de *La canción del soldado* era inaudito! *Els segadors, Els segadors...* ¡Todo sea por *Els segadors!*

Admiramos al Sr. Cambó: es un valor positivo de nuestra abatida política. Orador fácil y de enjundia. Hombre afable y correcto. Los fraques del Sr. Cambó acreditan una percha. El Sr. Cambó es árbitro de elegancia. Mas esta vez, con muchísimo respeto, no aprobamos el proceder del ministro de Hacienda, al que decimos — con muchísimo respeto — que no debió marcharse a Barcelona ni aunque le acompañase el Sr. Sedó. Se fué a Barcelona con el gobernador del Banco de España. Esto es, se fué seguido de ceros.

© Biblioteca Nacional de España

LA CATÁSTROFE DE OPPAU

Estado en que quedó una de las casas inmediatas a la fábrica donde ocurrió la terrible explosión.

BURGUETE

El laureado general, que ha sido nombrado gobernador militar de la primera región.

UNA CHALÁ

ESCENA DE CELOS

La Pepa y el Cipri.

M'estás poniendo una cara
tan antipática y seria,
de las que ya no se estilan,
y ¡no lo consiento, ea!,
q'una vive como vive
pa que no pases las negras,
y una te da más de una
sastifacción, que no aprecias,
y una no es ningún camelo,
y una no es una cualquiera,
y si una dijese ¡órdago!,
a una la querían...
— Prenda,
me vas a dar el epílogo
del arroz, y considera
que no hemos ido esta tarde
a Tetuán de merienda,
pa que oficies de charanga
por el camino.
— Quisiera
saber quién es la pelona
raía que a mi m'encela,
pa mandártela mañana
a tu taller por entregas.
— ¡No me gusta el folletín!
— ¿Quién es la dama? Contesta.
— La prima de la Cibeles.
— ¡La prima soy yo!
— Morena,
no empieces a soltar lágrimas
que me las bebo...
— Sí; deja,
aparta, no me des coba...
¡No me toques! ¡Quita! ¡Suelta!
— ¡Ay, chica, ponte un letrero
que diga d'esta manera!:
Ne pas touché. ¡No te pones
poco romántica, Pepa!;
pos como yo me dé el piro,
vamos, ni con papeleta
vuelves a verme el cabello;
conque, déjate de perras,
y dime lo que ha pasao
en la Isla, pa toa esta
encelomanía.
— ¡Calla,
que se te ponen las cejas
encrespás cuando ves una
falda cortita y estrecha!
¿No soy yo gente pa eso?
¡Entonces!, ¿qué más anhelas?
¿No te llevo que pareces
talmente una licorera,
y me miro en ti lo mismo
qu'en un biselao? Contesta.
¿Qué tenía aquella chata,
dime, que yo no tuviera?
— Menos narices.
— ¿Por qué
t'agarraste a la *cigüeña*
del Pombia, pa dar dos giros,
pa que los «marcase» ella
con el melitar de tropa
con quien bailaba, y yo alerta,
y tú, enfocando los faros
a la manusa?...
— Despierta,
que ties una pesadilla
que raya en delirio, Pepa,
y esto s'acaba ahora mismo,
porque yo lo quiero...
— ¡Sea!
— No t'enfurruñes, preciosa,
que no es malamente...
— ¡Abrevia!
— Ahora me das pa castigo
de tus celos, seis pesetas,
y yo te doy seis abrazos...
— ¡Vamos, tú, que me despeinas!
— ¿De qué tiés tu celos, dime,
si me tiés con nurastenia
de tanto quererte?...
— ¡Quita!
— ¡No te pongas cursi!...
— ¡Suelta!
— ¿Y los veinticuatro reales?
— ¡Tómalos!...
— ¡Bendita seas!
¡Chata!
— ¡Chato!
— ¡Chula!
— ¡Chulo!
¡Tonto!
— ¡Tonta!
— ¡Feo!
— ¡Fea!

ANTONIO CASERO.

Este periódico no admite otra colaboración que la que solicita. No lo decimos por molestar a nadie; pero ustedes no saben la de timbrazos que nos dan al día los genios que pretenden que los descubramos. Lo haríamos; pero no tenemos tiempo. Que se descubran ellos. Que se descubran y que se sienten.

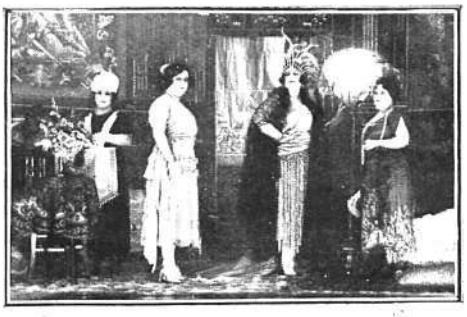
© Biblioteca Nacional de España

LA HORA TEATRAL

Infanta Isabel.
Una escena de El hombre desconocido.

ESTRENOS DE LA SEMANA

ESPAÑOL. Carmen.
COMEDIA. – María de Begoña.
LARA. La sin ventura.
INFANTA ISABEL. – El hombre desconicido.
CERVANTES. – El gran premio.



Lara.
Una escena de La sin ventura.

ESPAÑOL

CARMEN, *drama en cinco actos, inspirado en la novela de Mérimée, por los Sres. Montaner y Vilaregut.*

Margarita Xirgú es una trágica excelsa. Esto se ha dicho, se dice y se dirá desde San Feliu de Guixóls hasta Navalajaquilla de Jarama.

Hay en esta adaptación escénica de la novela de Mérimée un momento — ya conocido por la ópera , que si líricamente es ponderable, en la trama dramática bordea el ridículo. Nos referimos al instante en que Carmen se «echa las cartas», mientras José Navarro y *el Tuerto* se juegan la vida. Unicamente el talento artístico de Margarita Xirgú pudo esquivar la carcajada. El público, que no siente la emoción de la española — que eso, y no otra cosa, es *Carmen* —, se rinde ante la enorme labor de la ilustre actriz en ese momento dificilísimo. Y he aquí que ese momento, el más peligroso y el más falso del falsísimo drama, se convirtió, por milagro de arte, en el único momento interesante de la obra.

Aparte la interpretación de Margarita Xirgú, sólo hubo discreción — que nosotros justificamos — en sus compañeros.

La presentación tampoco pasó de discreta; y de no haber advertido deseo de dar propiedad al vestuario, no diríamos que no se pasó del deseo en algunos tipos, y que en otros se falseó bastante la verdad.

INFANTA ISABEL

EL HOMBRE DESCONOCIDO, *de Ceferino Avecilla y Manuel Merino.*

Dicen los autores citados en una comedia de diálogo primoroso — ¡filigrana pura! — estrenada en el Infanta Isabel, que todos nosotros llevamos «dentro» un hombre desconocido que no es el que salta a la vista. Es el que asoma cuando el corazón se nos impone o cuando nos imponen un corazón. Bella teoría, y hasta de cierta originalidad. Ya que admitimos ahora esa teoría, admitamos también otra, beneficiosa para los Sres. Avecilla y Merino, que dice: El arte, es forma.

Si es así, el concepto que anima la comedia de tales escritores, es bello y delicado, y la comedia, interesante y original. Mas el público — para el público se escribe — rechazó la obra al caer el telón al final del tercer acto.

El público es bueno y quiere la felicidad de un hombre que durante tres actos no hace más que prodigar bondades, consuelos y ayudas.

Hay dos escenas en la obra primorosas de emoción y de ternura. La de Mariona y Pepe en el segundo acto, y la de Fany y Pepe en el tercero.

Mercedes Pardo (Fany), inspirada actriz, asombrosa de naturalidad, de gesto y de expresión. Y además, bellísima, de una belleza provocadora.

Francisco Hernández (Pepe), muy sobrio y muy correcto. En el principio del tercer acto hubo un poco de «barullo» por una vacilación suya.

Pero fué un pecadillo que perdonó el público en gracia a la historia brillantísima de este actor correcto.

Ana Siria (Mariona), asombrosa actriz que mereció el comentario del aplauso del público al final de la escena del segundo acto.

El servicio de escena y el decorado, magnífico y justo.

Ese estudio de los dos primeros actos es un alarde de buen gusto No faltó más que el pintor de verdad y alguna modelo de verdad también...

LARA

Los Sres. Gabirondo y Villa han dado *movimiento* a la novela de «El Caballero Audaz» *La sin ventura*, novela de clave.

Detrás de la figura de *Ambarina* se oculta el recuerdo de una mujer espiritual que pasó por la vida perfumándolo todo y repartiendo sonrisas y besos.

Los Sres. Gabirondo y Villa han escenificado la novela muy discretamente y con fina voluntad.

La sin ventura ha sido un éxito sincero, porque la Sra. Fábregas acertó en la interpretación. *Ambarina* sentía así. ¡Pobre *Ambarina!*

El Sr. Martínez Tovar, actor de gran sentido escénico, dió mucho relieve a su papel.

La sin ventura fué aplaudida con entusiasmo.

Enrique Borrás, que, con la reposición de El Cardenal, *ha debutado en el teatro del Centro.*

COMEDIA

María de Begoña es una comedia en un acto. Tiene tres; pero es una comedia en un acto. Los otros dos *no fueron* la noche del estreno. Los Sres. Torres del Alamo y Asenjo los dejaron olvidados en la mesa del despacho, y *María de Begoña* acabó al final del primer acto. El segundo y el tercero llegaron a la *costa* después de muchos *vaivienes*... Hacía una noche horrible y la mar estaba picada. ¡Qué travesía! Se mareó hasta el apuntador. Un marinero (Tordesillas) no perdió la tranquilidad, y en lo más horrendo del temporal subió a los palos, bajó a las bodegas, trepó, auxilió y venció. El Sr. Tordesillas es un actor de asombrosa flexibilidad.

La Srta. Redondo también tuvo un éxito redondo.

María de Begoña fué aplaudida *o así*, como diría la propia *María* la noche del estreno.

Los aplaudidos autores de *Las pecadoras* no han acertado esta vez. Pero nos jugamos el corazón a que antes de un mes se desquitan.

CERVANTES

Una opereta en tres actos tiene que ser cosa interesante, porque si no, son muchos actos y mucha opereta. *El gran premio*, de Peña, López Monís y Faixá, no tiene interés, ni visualidad, ni gran ingenio, ni cosa parecida.

La música es ligera y melodiosa.

Los Sres. Peña, Uliverri y Valero, muy graciosos y muy *propios*.

Ellas, muy bonitas y muy alegres. También muy propias.

La opereta no fué un gran éxito.

No ocurrieron desgracias. La presentación, buena. ¡Buena presentación!

MANUEL LÓPEZ MARÍN.

© Biblioteca Nacional de España

CHIRIGOTAS SUELTAS

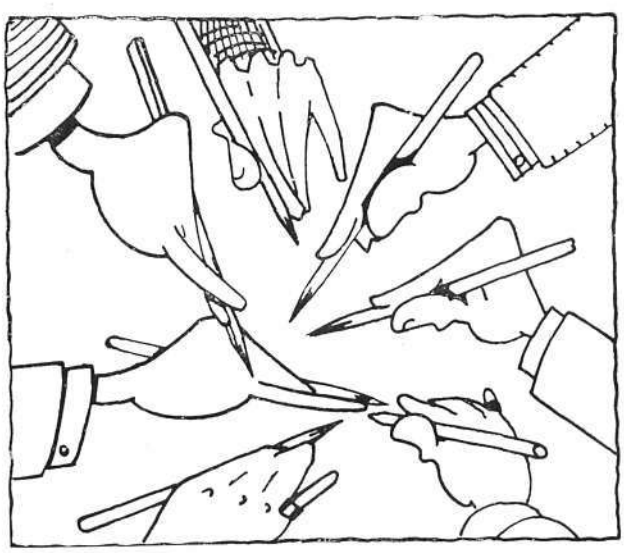
POR K. ASTRITO Y LÓPEZ RUBIO.

PASIÓN Y MUERTE DE UN SEÑOR QUE DEDICARON A CENSOR

Y dijo D. Juan de la Cierva: «Implántese la censura. Funcione el lápiz rojo. Salga de su chiscón la ceñuda *señá* Anastasia. Enmudezcan hasta las bocas de la Isla. Aquiétense hasta las plumas de ganso. Nadie se mueva que estar no quiera con D. Juan a prueba.»

Funcionaron los timbres de los teléfonos oficiales, y a los catorce minutos de habérsele ocurrido al Sr. Cierva la feliz idea, funcionaba en el Gobierno civil el negociado de la censura, servido por cinco señores, muy severos, muy rígidos y muy ecuánimes, como convenía a su importante ministerio.

Comenzaron a llegar galeradas. El censor A vió entre las de *El Sol* un telegrama que decía: «Cantinero Pérez, muerto carretera Nador.» El censor A, que era benévolo, se limitó a tachar el lugar del suceso, dejando así redactada la noticia: «Cantinero Pérez, muerto carretera.»



Entre las galeradas de *El Liberal* recibidas por el censor B figuraba el mismo telegrama. Pero el criterio del censor B no era como el del censor A. Y además del lugar del suceso, tachó el nombre de la víctima. Y dejó: «Cantinero, muerto carretera.»

También vió el telegrama el censor C. Pero el censor C era un poquito más intransigente que sus colegas. Y sólo dejó pasar: «... muerto carretera».

Pero llegó la noticia a manos del censor D. Y como el censor D, hombre de *cabaret*, colmo y chicoleo, era un espíritu frívolo, creyó que la muy lamentable noticia de la muerte del pobre cantinero Pérez en la carretera de Nador, no era para que se tambaleasen las esferas ni los *Mundos Gráficos*, y la dejó pasar intacta en las galeradas del periódico que le correspondió censurar.

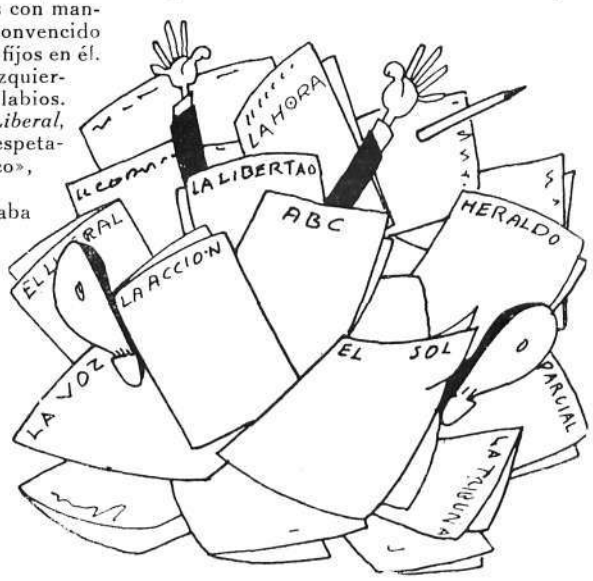
Y todo lo contrario hizo el censor H, hombre de cólicos hepáticos, amargado y ceñudo, que, para no errarla, tachó íntegra la noticia.

Y los asombrados ojos del público, que de nada debieran asombrarse, vieron así publicada la noticia al día siguiente:

El Sol: «Cantinero Pérez, muerto carretera.»
El Liberal: «Cantinero, muerto carretera.»
El Imparcial: «... muerto carretera.»
A B C: «Cantinero Pérez, muerto carretera Nador.»
La Libertad: «.....»

Oteyza puso el alarido en el Gurugú. Se agarró al teléfono y se enredó a hacer padrones... ¡La locura! Al día siguiente se organizó de nuevo el servicio. En la censura no imperaría nada más que un criterio, y, lógicamente, estaría servida por un solo señor. La solución satisfizo a todo el mundo. A todo el mundo menos al censor, que fué flor de un día, como verá el que tenga el buen gusto de seguir leyendo.

El nuevo censor — llamémosle J — llegó al Gobierno, optimista y sonriente, entre ocho y nueve de la mañana. Cambió la seda por el percal, es decir, que substituyó la americana «de la calle» por unos zorros con mangas que tenía para la oficina, y se dispuso a esperar los acontecimientos, convencido de que los infinitos ojos de la opinión — una especie de Gruyère — estaban fijos en él.



A los cinco minutos, un ordenanza de *El Liberal* le entraba por el lado izquierdo con un puñadito de galeradas, que recibió con una sonrisa de postal en los labios. No había posado el rojo lápiz sobre la fresca tinta de las galeradas de *El Liberal*, cuando un ordenanza de *La Libertad* le entró por el lado derecho con otro respetable montoncito de pruebas, que fruncieron levemente el ceño del «criterio único», en tanto que lanzaba un alarmado: «Espérese un momento.»

Aun resonaba el eco en la estancia, cuando un botones de *A B C* posaba sobre la mesa del «criterio único» sus tres kilitos corridos de papel para censurar. La vista del «criterio único» corrió veloz por las galeradas anteriores para despacharlas pronto; pero ¡ay!, no contaba el cuitado con la admirable organización periodística.

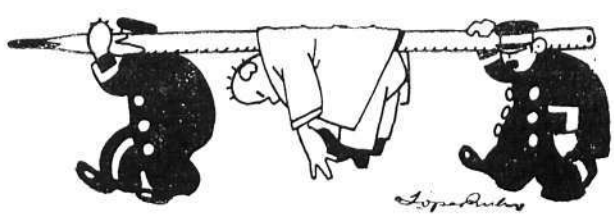
El Sol, La Voz, Heraldo, LA HORA, *Nuevo Mundo, El Debate*... cayeron sobre él en fecunda catarata de pruebas. Y el desdichado se debatía preagónico entre la avalancha de papeles que crecían y crecían hasta ahogarle. Pruebas por aquí, pruebas por allí, arriba, abajo, en medio, de frente, por detrás, al quiebro, de todas maneras.

Siguieron llegando pruebas. Apenas si del «criterio único» se veía otra cosa que el brillante círculo de la respetable calvicie, orlado de pruebas y más pruebas... Los movimientos adquirieron velocidad de epilepsia... Por el balcón, tal que un apache, entró la voz de una cocinera lírica que desentonaba:

«¡Una prueba de amor...!»

Oírse lo de «prueba» y cesar automáticamente, fulminantemente, los febriles movimientos del «criterio único», fué simultáneo. Y a la media hora, dos ordenanzas de esos que están en los departamentos oficiales para contestar mal a la gente y morderse las uñas, sacaban el fiambre del censor colgado «a la romana» en el símbolo de su martirio.

K. ASTRITO.



© Biblioteca Nacional de España

LA HORA LITERARIA

UNAMUNO SE VA

En medio de este alboroto guerrerotaurino, la grave amenaza que Unamuno ha lanzado sobre su país resuena como una maldición antigua, como la excomunión racial de un caudillo griego.

Unamuno ha confesado que se siente a disgusto en España, y que se va. ¿Adónde? A América. ¿A qué república? Todavía no lo tiene decidido. ¿Para siempre? Sí, para siempre.

Unamuno dimitirá su cátedra, y emigrará con los hijos de su alma y de su carne, buscando tierras más hospitalarias, más libres, mejor dirigidas.

Ignora el cronista qué habrán pensado ante la grave amenaza de Unamuno los gobernantes españoles. Probablemente, nada. Pero si algo les ha sugerido esa noticia, habrá sido una exclamación de regocijo sarcástico:

—¡Que se vaya!

No hace medio mes aún vió el cronista a D. Miguel en su vieja Salamanca. Estuvo el cronista en dos aulas egregias... En la de fray Luis de León, catedrático, poeta y víctima de la Inquisición española, y en la de Unamuno, catedrático, poeta y víctima de la administración nacional.

¡Qué sugerentes ambas cátedras! El fraile racial, el admirable erudito, el vate maravilloso, sufre cárcel. Aun se conservan las bancadas donde pilleaban sus revoltosos escolares, bancadas que tienen nombres escritos en los pupitres a base de navajillas: «Mendo», «Tirso Rodríguez». Cuando el profesor vuelve de prisión y se reincorpora a su púlpito, la gente espera una catilinaria. Pero fray Luis está caduco, vencido, y al iniciar su explicación de aquel día, dice su frase elegante y melancólica: «Decíamos ayer...»

El aula de Unamuno se halla en el primer piso, y es alegre: desde ella se ven campanarios dorados y largas techumbres. Allí el profesor, de pie, con aire íntimo, explica sus lecciones de griego. Pero acaso muy pronto, Unamuno, que es gloria del profesorado español, dejará su patria y se irá al extranjero — América es, a pesar de todo, el extranjero —, por inadaptación. Unamuno no cabe en España.

Ignoro qué pensarán acerca de esto nuestros hombres dirigentes. Insisto. Probablemente, les agradará. El caciquismo, el fernandismo, perderán su fiscal más perspicaz, su acusador público más implacable.

Por lo que fuere — el talento siempre tiene razón —, Unamuno es un disidente glorioso.

Casi podríamos decir que es el único disidente. Los que le acompañamos en la protesta, no tenemos ni su austeridad ni su autoridad. Somos vocinglería. El es seco, agrio, vasto, rígido.

No hace quince días que el cronista lo vió en Salamanca.

Allí, en aquella lenta ciudad sonora, su patriotismo desesperado se hace morboso. Carece el maestro de este gran ambiente urbano, cosmopolita, que lima y corrompe. Piensa, escribe. Pero no se le hace caso. La muchedumbre lee y retoza. El Poder encoge sus hombros.

Y Unamuno se irá.

Y esa marcha constituirá un día funeral para nuestro país.

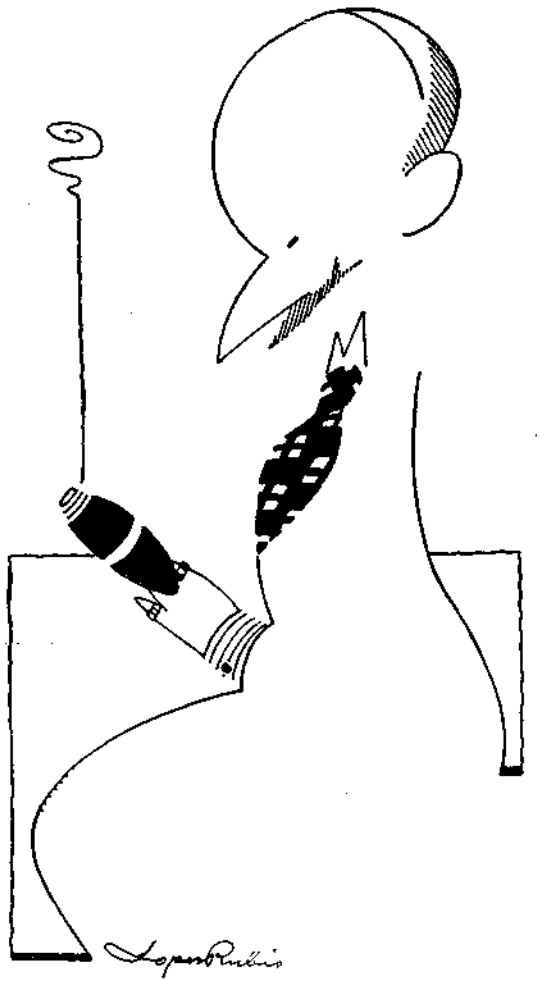
Habremos perdido al mentor, al Jeremías que anuncia la hecatombe porque ve el presente. Y luego, ¿qué se dirá de España por ahí, en aquella América, donde tanto se estima al maestro?

Si en nuestra patria hubiera gobernantes y gobernados, en vez de caciques y rebaños dóciles, cabría esperar un acto de contrición para que ese viaje no se realizara, que impidiera esa desventura nacional.

Porque Unamuno es el más ingente, el más puro, el más clásico, el más vivaz, el más jugoso de los intelectuales españoles.

Pero se irá. Y los invertebrados estarán de enhorabuena.

Luis Antón del Olmet.



CARTA ENTREABIERTA

Sr. D. Jacinto Benavente.

Maestro venerado: La noticia de su retirada cayó entre los currinches como carnaza en cubil o mosca en hormiguero. No parecía sino que esa comedia — Los intereses, La malquerida — *que escribe usted cada dos o tres años, para gloria del teatro de España, fuese como una barricada que cortase el paso a otros genios y a otras obras. Ello no es nuevo. La mediocridad odia la grandeza por instinto y disculpa en ella su labor negativa. Y esto acaeció cuando usted, tan fuerte, tuvo la debilidad de humillarse a los débiles.*

Ellos, ya lo ve usted, no hacen nada. Bueno. No hacen nada... bueno. Cayó la muralla, se hundió el sol tras las montañas de la envidia, de la hipocresía y de la maldad, y en estas tinieblas, los pobres murciélagos revolotearon jubilosos y alocados, graznando: «¡Ya no hay luz! ¡Vivan las tinieblas! ¡Viva nuestro reinado!»

Y eso, calleja sin salida, llena de murciélagos aturdidos, es a la sazón el teatro español. La mano del maestro — la de usted — puede batir a escobazos las sombrías alimañas. Y ello es más justo, porque es deber de patriotismo: que si el patriotismo, para el soldado, es dar su sangre por España, para el escritor consiste en dar grandeza a las letras de su patria con la savia de su cerebro.

Más que nunca hemos de lamentar nuestra insignificancia, si por ella carecemos de influjo y de poder para levantar sus sentimientos, y con ellos su mano, sobre las cuartillas que sobre la polvoriento mesa de trabajo amarillean fúnebremente, como el triste porvenir de la también abandonada escena española.

© Biblioteca Nacional de España

MOTIVOS SENCILLOS

FRÍVOLA

Tus divinos labios, de color de fresa,
fueron esculpidos por magos buriles;
tus divinos labios, tus labios sutiles,
para el que los mira son dulce promesa.
Susurré a tu oído.
Tras el abanico la faz ocultaste;
negaron tus labios; después me miraste
con gesto dolido;
pero yo seguía
mi humilde osadía
ante tus fragantes gracias juveniles
(sois dulce promesa, sois dulce promesa...);
pues mientras negaban tus labios sutiles,
decían tus ojos: besa, besa, besa...

FRANCISCO DE TROYA.

NOTAS GRÁFICAS DE LA SEMANA

Su Majestad el Rey en la Universidad Central con motivo del decreto de autonomía universitaria. (Fots. Vidal.)

LOS SOLDADOS RÍEN

PÁGINAS gloriosas para la historia de una nación. Reliquias de dolor y de asolamiento. En la guerra sólo sabe triunfar uno: el dolor. ¡El dolor para todos!

Mas estos soldados nuestros todavía tienen una sonrisa cuando les sorprende la máquina de un redactor gráfico.

Ved esos oficiales. Parece que celebran una fiesta en el campo.

Media hora antes se han batido denodadamente contra las turbas rifeñas. Pero les queda todavía una sonrisa, suprema medicina para las heridas y para los reveses.

LA GUERRA DESDE MADRID

LAS ÁGUILAS DE LA NACION

SOBRE la calle de Alcalá vuela un aeroplano. Es el aeroplano de Murcia. Antes han volado el de Salamanca y el de Zaragoza. Mañana tal vez vuele el de Valencia o el de San Sebastián. Y así seguirán haciendo sus vuelos, antes del definitivo hacia las regiones en que también vuela la muerte, los de las demás poblaciones españolas.

Soldados de Sanidad curando heridos en el combate de Tizza.

En la calma del cielo madrileño, limpio de esos copitos de algodón que en otros cielos rodearán a estos pájaros para herirlos en el corazón, sus alas, doradas por el sol poniente, parecen brazos protectores que quieren cobijar a las tropas hermanas en su marcha hacia la victoria.

Yo no sé si cuando el aviador se remonta y lucha con los elementos para seguir su ruta, necesita más seguridad en el aparato o en su maestría propia. Lo que sí me figuro es que influirá grandemente un factor moral que a todos nos alienta en las difíciles empresas. Y ese factor moral — amor, ambición, deber, patriotismo — nadie podrá sentirlo tan vivo y alentador como los heroicos tripulantes de esas águilas nacionales.

Su motor se mueve, más que por obra de sus músculos de acero, por un aliento vital y humano que lo impulsa a su avatar glorioso. Son las madres, y las hermanas, y las novias las que han dicho al pájaro de fuego:

—¡Vuela; vé tras ellos y ante ellos; cúbrelos con tus alas, ábreles el camino y protégelos en su marcha!

Y estas águilas, creadas para la guerra por el amor, vuelan seguras de su destino.

Los generales Berenguer y Cavalcanti presenciando un combate desde Tauima.

CAVALCANTI

Mi general: Dos líneas, porque lo que acabáis de hacer no tiene comentario posible en una crónica periodística. En el Romancero quizás encajase. Cuando llegó a mis oídos evoqué por lógica asociación de ideas, la figura excelsa de la genial cantora de los Pazos, que sentía por vuestros hechos de armas una admiración rayana en la idolatría. ¡Qué pena no pueda ya su numen cantar la gesta heroica de vuestra acción!

Los soldados que clavaron la bandera en el monte Tauima al arrebatársele a los rifeños.

Sobre el agradecimiento y la admiración de España, tendréis, allá en la región de lo inmortal, un alma que haga el relato de vuestra hazaña al Señor de las batallas.

UNA "RAZZIA,,

«Abd-el-Krim... Madrid... Mayo... Echevarrieta... Beniurriaguel y la «harca» bilbaína... *El Sol*, la Media Luna y el estandarte verde.»

La solución al anterior *embroglio* la publicaremos cuando la censura lo consienta.

R. MARTÍNEZ DE LA RIVA.

© Biblioteca Nacional de España

LA CACERÍA

POR RICARDO MARÍN

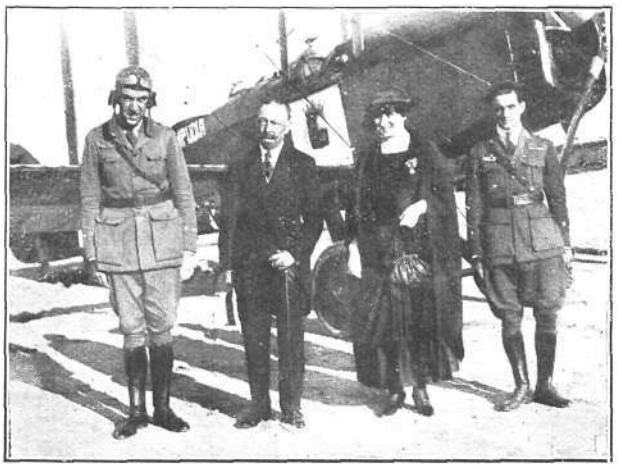
Por encontrarse indispuesto nuestro compañero César Jalón, no publicamos su anunciada interviú con Lerroux.

Rogamos a los anunciantes no atiendan a nadie que se diga representante de LA HORA, si no lo prueba con el necesario justificante.

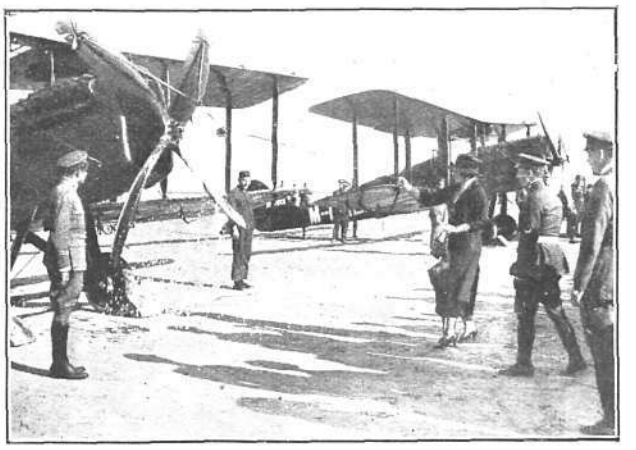
© Biblioteca Nacional de España

AVIONES PARA LA GUERRA

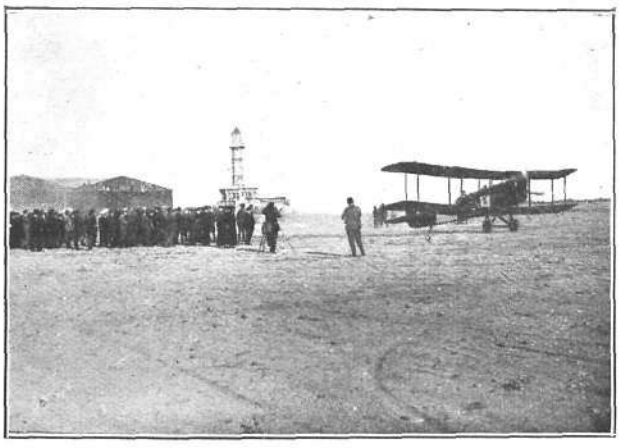
"SALAMANCA", NÚMEROS 1 Y 2, Y "ZARAGOZA"



La esposa del ministro de la Gobernación después de la bendición del aeroplano «Zaragoza», del que fué madrina.



Su Majestad la Reina, madrina del aeroplano «Salamanca», en el momento de estrellar contra el aparato una botella de champagne.



El aeroplano «Zaragoza» al iniciar un vuelo de prueba.

Las provincias españolas quisieron ofrendar al Ejército su cariño y desprendimiento; las suscripciones iniciadas con el fin de regalar material de guerra han sido rápidamente engrosadas con el dinero de todos. Hoy las provincias españolas ven con orgullo su nombre inscripto en esos aparatos, que allá en África serán útil máquina de guerra.

Estuvimos viendo volar los aeroplanos regalo de Salamanca y de Zaragoza, y cuando, al arrancar suavemente del suelo, fueron saludados con aplausos, pensábamos en los que luchan, y a ellos los dedicamos.

Su Majestad la Reina y la condesa de Coello de Portugal fueron las madrinas. Pronto llegarán otros: Murcia, Málaga, todas las provincias envían sus hombres y su dinero. Con el entusiasmo de todos vamos al triunfo.

LA VIDA EN EL AERÓDROMO

CUANDO SE ABATEN LOS PÁJAROS...

Fué en un día de abril cuando en el aeródromo de Cuatro Vientos yo vi florecer amapolas de sangre con las que un hombre hizo una ofrenda maravillosa a una civilización ultramoderna.

Estrepitosamente, como en un crujir de huesos escalofriante, se abatió el pájaro milagroso, hijo de una fórmula matemática, y la vida cordial y alegre del aeródromo se detuvo un instante ante el paso quedo y majestuoso de la Inevitable.

Era la catástrofe; la barrena *que describía el aparato, diríase la última convulsión de un titán que agonizaba. En todas las caras una mueca, el terror en los ojos y el espanto en los corazones; hombres que corren en una dirección y que tornan luego con la cara triste, silenciosos; en un automóvil, un montón de carne ensangrentada. Fué un bravo que unos minutos antes pensaba en la aventura con una peripatética de* cabaret.

Corrillos de hombres que hablan. Primero, el comentario de dolor; después, la discusión de cómo pudo ser aquello; luego, el recuerdo de cosas pasadas semejantes a esta; mas tarde, la anécdota curiosa y pintoresca, y después..., vuelta a empezar: todo en un instante, un segundo, como un relámpago. El personaje sainetero triunfa aquí como en las comedias con su despectivo «naide es ná», y la vida sigue cordial y alegre en el aeródromo, donde los aparatos, ibis sagrados de una civilización de rapideces y vértigos, son trágicos payasos del aire, prontos a la pirueta y a la contorsión por la voluntad poderosa de un hombre que tiene aspecto de bicho raro con el mono, el pasamontañas y las enormes gafas para cuidar los ojos adivinadores de infinitos azules.

La tragedia en los aeródromos pasa con la vida; acabada ésta, la tragedia acaba, y la vida de los otros continúa su curso. Y Legorburu sigue manteniendo sus camelos de hipnotizador; el sabio comandante Herrera sigue escribiendo sus libros de aerodinámica, que le dan gloria en el extranjero, mientras lo desconocemos en España; Gallarza da sus clases de Avro *y advierte a sus gorriones: «Cuidado, que voy yo dentro»; Truelove cuenta lo que le ocurrió y vió en la gran guerra mientras cazaba alemanes, y cuando vuela se lleva la admiración de todos los pilotos; Jiménez, un bravo, citado en una orden por Berenguer, le aconseja elegancias; Sousa, con su aspecto de angelote y capitán de romance de gesta, cuida de un* Ansaldo monoposto *que, según él, es jamón.*

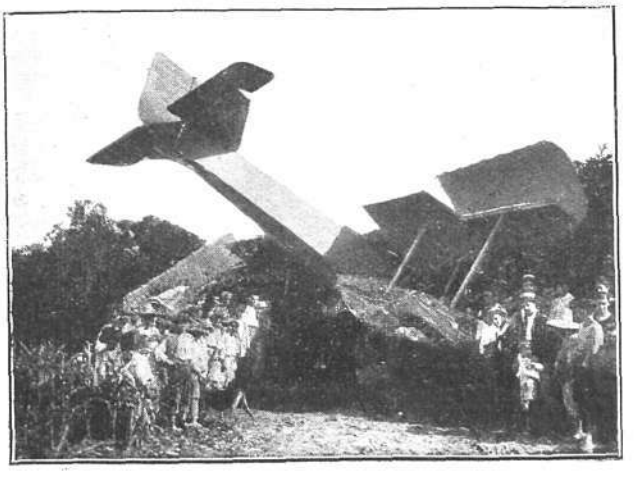
Aquella tarde trágica, Barny de Romanet, el as de Francia, me decía mientras planeábamos *a mil metros sobre el pájaro muerto y roto:*

— ¿Has visto, chico, qué cosa hogible?... Pego mogise *así es por algo bueno* paga *el mundo.*

Hace unos días, en París, el pobre Barny moría en aras de ese algo bueno; y sobre su cadáver destrozado y glorioso, sobre el triunfo de los ochenta y cinco aviones cazados por él a balazos en las cabezas de los pilotos, sobre sus campeonatos mundiales, los aeroplanos de Issy les Molineaux tejían con sus vuelos una fúnebre corona de milagro.

Sus palabras quedarán como un programa de moral para los aviadores: «morir así es por algo bueno para el mundo», aunque el mundo los desconozca y no se acuerde de ellos más que cuando los periódicos dan con letras muy grandes una noticia que siempre tiene la misma titular: «Espantosa catástrofe de aviación»...

ROMERO DE MARCOTTE.



© Biblioteca Nacional de España

EL TRANVIA TERAPÉUTICO

Desde el proscenio

MADRID se ensancha artísticamente. Tenemos otro teatro: el Rey Alfonso. Un teatrito menudo y bonito. ¡Menudo teatrito! Le hemos visto por fuera y le hemos visto por dentro. Por fuera parece una torre del Norte a la orilla de la mar... Por dentro es un estuche para guardar imperdibles. Uno de esos estuches que no sirven para nada, porque da pena usarlos por si se estropean. El Rey Alfonso será durante este invierno un refugio artístico muy cómodo y muy amable.

El teatro tiene acceso por la calle de Nicolás María Rivero y salida por la de Los Madrazo. Esta salida la han hecho para los autores en noche de estreno.

* * *

El prestigio tradicional de Emilio Thuiller inaugura el teatro Rey Alfonso con una obra nueva de Arniches: *La heroica villa*.

Thuiller, un actor muy del gusto del gran público, lleva una compañía nada más que para no quedarse solo.

Por eso lleva compañía. La Sra. Gelabert y Salvador Mora son los únicos elementos interesantes de la «familia» escénica del Sr. Thuiller. Confesamos que a los demás, damas y galanes, no tenemos el gusto de conocerlos, nada más que para servirlos... Hay tres actrices que se llaman Mareca: a Mareca por actriz. Deben de ser hermanas, ¡claro!... Será una delicia, porque si se quieren, todo saldrá muy bien. Que así sea, porque las discordias de familia transcienden

al escenario, en perjuicio del traspunte... y del público.

Que el talento artístico de Emilio Thuiller nos ampare a todos, y ustedes que lo vean.

* * *

Fernando Fresno está haciendo una campaña brillantísima en el Coliseo Imperial. Las comedias salen que ni pintadas.

Lean ustedes en nuestro próximo número **Quise ser periodista, y no me dejaron,** *por César Jalón, con ilustraciones de López Rubio.*

LAS OBRAS NUEVAS

CONSEJOS PRÁCTICOS

Vayan ustedes al Infanta Isabel a ver *El hombre desconocido*. Sus autores han «limado asperezas», y como la comedia es bonita, se gana más yendo a verla que jugándose el páncreas a color.

* * *

En cambio, y mientras no estrenen otra cosa, no vayan ustedes a ver *La martingala de Felipe*, en el Coliseo Imperial. Es la única birria del cartel.

* * *

Carmen..., Carmen... La que está verdaderamente bien no es *Carmen*, es Margarita ¿Cómo podrían ustedes ver a Margarita sin ver *Carmen?*

* * *

La sin ventura merece verse. Palabra. Tanto como leer la novela, que es uno de los mayores aciertos de José María Carretero.

* * *

María de Begoña... Margarita la Tanagra está muy molesta con *María de Begoña*, porque no es de su clase ni de su categoría.

Y dicen que «María» piensa emigrar...

© Biblioteca Nacional de España

(Dibujo de Almoguera.)

«Al hacer nuestras tropas la descubierta, encontraron el cadáver de una niña mora, como de unos seis años, atravesada por cuatro balazos.»

(De un parte oficial de Melilla.)

SENTADO junto al hueco sin puerta de la chavola de adobes y guijarros, clavaba Ben-Tasit en los abruptos peñascales la mirada de sus negros ojos, hundidos en las mejillas morenas.

A pocos pasos del taciturno rifeño, un huertecillo de pitas y chumberas manchaba de verde la parda llanura pedregosa, y dentro de él, una voz clara y fresca y una risilla gorjeante alegraban el sombrío atardecer africano.

Fueron acercándose las risillas alegres, y por entre las jugosas palas del nopal apareció la carita tostada de un bebé rifeño.

— ¡Saima! — gritó con susto la voz clara y fresca.

Y, atraído por ella, saltó Ben-Tasit hacia el bebé moreno, arrancándole con sus brazos nervudos de entre las palas traicioneras, levantándole en alto para dejar caer sobre su rostro atezado y barbudo el chorro alegre de las risitas musicales, tapando con besos estallantes la boquita fresca y pequeñina, que se abría en agudos gritos acariciadores.

Rebotando de cumbre en cumbre, pasó por encima de la chavola un trueno espantoso... Y después otro trueno, y otro, y otro... Luego un tableteo lejano, apagado. Con brilladoras fulguraciones se clavaron los ojos del moro en las montañas negras. Dejó a Saima bruscamente en el suelo, y se irguió cara al campo, fruncido el ceño, apretados los labios gruesos y cárdenos, prietos hasta la crispación los puños nervudos. Dió un paso hacia los riscos tenebrosos, cuando las manitas gordezuelas de Saima le cogieron de la chilaba. Le cogieron de la chilaba; pero sintió el rifeño que le tiraban del corazón.

— ¡Buum! — hacía la nena.

Y su gracioso remedo, puso temblores de emoción en los gruesos labios de Ben-Tasit.

Arreció el tableteo, se sucedieron los truenos sin descanso... Ben-Tasit clavó un último beso en la negra carita asustada, y antes de que la madre, que acudía aterrada, saliese del huerto, corrió el moro a la casa, tapándose los oídos para no escuchar la vocecita de la nena, y a poco, como un relámpago negro, salió a caballo, llevando en la mano la *fusila* vengadora.

Y cuando la madre llegó junto a Saima, sólo alcanzó a ver las chispas de fuego que arrancaba a los peñascales el frenético galope del caballo de Ben-Tasit.

. . . . . .

Cae la tarde. Va cesando con el día el tronar del cañón. Con intermitencias de asmático, se escucha aún el lejano carraspeo de la fusilería...

Saima, arrodillada, abraza el cuerpo de su madre, que, tirada boca abajo contra la tierra dura, llora.

— ¿Po qué lloras?

Pero la madre no da otra respuesta que la convulsión de sus sollozos. Saima arquea las cejas y abre mucho los negros ojos inocentes.

— ¿Po qué lloras? — insiste —. ¿Poque se fué mi pade?...

Y la voz de la mujer, responde:

— Sí, hija mía, sí.

Hace la nena un gracioso monín de enfado. ¡Pícaro padre! Pero sonríe su boquita fresca, y, separándose con sigilo de junto a la hembra sin consuelo, se aleja despacito, mirando con infantil temor hacia atrás, por la misma ruta que trazó Ben-Tasit; cruza el huerto de nopales, atraviesa el camino tosco y con sus tiernos piececitos comienza a hollar los agudos chinarros de las faldas del monte sangriento. Va a buscar a su padre.

. . . . . .

El silencio reina en el bárbaro escenario del Rif: ese silencio tan lleno de ruidos de las inacabables noches africanas.

Saima, la nena, sangrando por los piececillos, sin lágrimas ya en los ojitos aterrados, entreabierta la boquita roja en una dolorosa mueca de espanto, sale tropezando de entre dos peñascos, que, al contraste con su figurita menuda, en montañas se convierten.

Avanza, hiriéndose los pies... Tropieza y cae. Con una vocecita que es un suspiro de miedo, gime:

— ¡Pade...!

La responde un *tic* metálico, un sonido que casi le es familiar al bebé: es el mismo ruido que hace la *fusila* del *pade* cuando juega con ella la muñequita mora.

— ¡Pade! — torna a suspirar.

Se repite, reproduciéndose, el mismo ruido de antes.

— ¡Pum! — dice Saima, avanzando más; y, segura de hallar a Ben-Tasit tras el rumor escuchado, hace un esfuerzo y avanza sobre las puntas de los tiernos piececillos sangrantes, hasta romper un rayo de luna que la envuelve como un sudario.

Brilla en las negruras del fondo un relámpago como un inmenso trazo de fuego. Un silbido agudísimo punza el aire. Los ojos de la nenita mora se abren espantados; se tienden, buscando acariciadores, los bracitos morenos. La boquita menuda quiere gritar «¡Pade...!» por última vez, y una bocanada de sangre le borra la palabra y la vida.

Francisco Ramos de Castro

EL SOLDADITO EN EL «CABARET»

EN la vorágine tumultuosa de la gran arteria, entre el ir y venir de las gentes, de los automóviles y tranvías, hay unos grupitos jaraneros y tumultuosos que rebrillan al sol. Son los soldados de Garellano que acaban de llegar, de paso para Marruecos.

Han invadido la calle como una bandada de gorriones. Suben a los tranvías que van a los toros, asaltan los coches y los automóviles, invaden los *cabarets* y los teatros. Tienen dos horas nada más para gozar de esta diversión algo apoteósica. Y las gentes los rodean, los apretujan, los convidan, los jalean, los abrazan. Es una explosión, un reguero de entusiasmo que prende los corazones.

La popularidad de esta guerra tiene su base fundamental en esta unión de ricos y pobres ante el peligro y las fatigas de campaña. Han hecho más por el levantamiento de los espíritus y de los sentimientos populares estos quintos de cuota tan alegres y decididos, que todas las consideraciones patrióticas.

Tiene Garellano un gran contingente de quintos de cuota. Muchachos de familias adineradas todos ellos, participan y hacen participar a sus compañeros de ventajas y utilidades jamás presentidas en aventuras guerreras.

En estas últimas horas que preceden a las terribles de la lucha, hay un más vehemente deseo de gozar la vida, de embriagarse en oleadas de alegría y diversión.

Maxim's, Fornos, parecen *colmados* de Melilla. Sobre unos fusiles puestos en trípode ha colgado su sombrero — sombrero de anchas alas con una espléndida amazona roja, tal que un chambergo de los tercios — una hetaira a la moda, que ofrece a un soldadito un bombón en sus labios rojos. En los amplios divanes, entre las polainas grises de los *sorchis*, juegan las medias sedeñas y transparentes de las mujercitas pálidas, a quienes la emoción colorea borrando por un momento las azules ojeras. Corre el vino dorado que pone fuego en la sangre de los mozos que van a vencer o a morir.

Y, como siempre, el amor sonríe a la guerra.

R. M. DE LA R.

© Biblioteca Nacional de España

LOS HOMBRES MALOS

¡¡¡USTÉ ES UN LADRÓN!!!

NOCTURNO EN EL BAR

Es el bar de un club de nocharniegos y mujercitas. Trajinan los mozos recogiendo platos sucios de los servicios de última hora. Junto a un cajón de botellas de champaña discuten un camarero y el encargado del bar.

— Te digo que faltan dos botellas.

— No sé decirle a usted. Yo no he servido ninguna.

— ¿Quiénes han servido las primeras cenas?

— Rodríguez y De Díez.

— ¡Hum!...

— ¿Qué pasa?

— Pasa que Rodríguez es honrado; pero de «de Díez» no me fío.

— ¡Ya está!

— ¿El qué?

— De Díez ha sido. Es mucha coincidencia la de que siempre que le toca irse temprano, falten botellas de champaña. Nada; a mí no hay quien me lo quite de la cabeza. De Díez se lleva una.

— ¿A que te doy con un casco en los sesos?

En este momento irrumpen dos personajes en el salón Alto, de profundas ojeras y faz cansada, el uno. Moreno y de ojillos vivaces y asustados, el otro. El primero, elegante: abandonadamente distinguido. El segundo descubre el *apache* bajo la ropilla del obrero. Y a pesar de la diferencia de clases, el *apache* habla recio y con autoridad. El aristócrata contesta con la humildad de los beodos.

— ¿Por qué no en la calle? — suplica.

— He dicho que aquí mismo. En cuanto estuviésemos en la calle, llamaría usted al primer guardia que pasara.

— También aquí puedo llamar.

— Con la intención que hiciese, adelanto el brazo y le pincho a usté en la tetilla. Conque, ni un gesto y al asunto. ¿Qué sabe usté de Antonia?

— Pero, hombre, ¿no has leído los periódicos?

— No, señor. En Santoña no teníamos esos lujos.

— ¿Tampoco te han dicho...?

— Desde el tren he venío aquí. Y vamos a dejar las preguntas, que aquí el que pregunta soy yo. Usté, a responder, y sin rodeos.

— Mira, Ramón, que...

— O me dice usté lo que sepa de Antonia, o tan cierto como que aquí hay un ladrón y es usté, que le clavo.

— ¿Qué dices?

— ¡Qué usté es un ladrón!

.....

Para conocer en toda su brutal importancia la verídica tragedia que relatamos, y de la que ha sido protagonista un aristócrata conocidísimo de Madrid, es necesario hacer un poquito de historia.

EL PALACIO DORMIDO

En una calle de los barrios sombríos y apartados de Madrid hay un palacio de aspecto conventual. Para nadie se abre. Jamás los vecinos de las casas próximas vieron salir ni entrar a persona alguna. El *sereno, obedeciendo, sin duda, una consigna de los dueños* del palacio, no se aparta un momento de una gran verja que separa el jardín de la calle.

Ese palacio, de novela de duendes, muy propia del gusto de las gentes que creen en el demonio, está cerrado desde el año 1910.

— ¡Oiga usted, sereno! ¿Quién vive aquí? — le preguntamos la otra noche, a esa hora de las confidencias, cuando duermen las cosas y las gentes.

— ¿Aquí?... Pues aquí vive... Ustedes, ¿quiénes son?

— Pues somos periodistas.

— ¿De esos que escriben?

— Sí; de esos que hacen como que escriben.

— Pues entonces no puedo servirles. Aquí no vive nadie.

— ¿Es por la humedad?

— Es por... Bueno; miren ustedes, yo no se nada.

Una voz — ¡Serenooo!...

— ¡Voy! ¡Con permiso!...

— Pero, díganos usted. ¿Quién vive aquí?

— Pues aquí vive...

— ¡Serenooo!...

— ¡Voy! ¡Con permiso!...

Y el sereno desapareció rápido por una callejuela.

Esperamos el regreso del sereno, pero el sereno no volvió. Nuestro instinto periodístico había fracasado; porque ¿quién podría decirnos algo? ¿Adónde íbamos?

— ¿Me hace usté el favor de fuego?

Un hombre alto, con la gorra echada sobre los ojos y una mano escondida en el bolsillo del pantalón, nos mostraba un cigarro apagado.

— ¡Muchas gracias! Perdonen ustedes. ¿Voy bien por aquí para la Cava Baja?

— Por ahí, todo derecho.

— Vaya, pues ¡muchas gracias! ¡Buenas noches!

El hombre que nos pidió lumbre dió la vuelta al palacio, y con agilidad de gato salto al pretil de la verja, se apretó a los barrotes y saltó dentro.

Le vimos agazaparse, mirar de un lado a otro y desaparecer entre unos árboles.

— Oye, Manolo. ¡Ese hombre es un caimán!

— ¡Te diré! Ese hombre tiene que salir. Esperemos a que termine su *entrevista*, y cuando salga...

— ¡Te advierto que estamos aquí desde que éramos pequeños!

— Pues no hay más remedio que esperar. Aquí hay *asunto*. Aquí debe de haber un suceso de gran espectáculo. ¡Calla! ¿No has oído?

— ¡Nada; no se oye nada!

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Serenooo!...

Dentro del palacio gritaba una mujer.

— Oiga, sereno. Que piden auxilio ahí dentro.

Nosotros nos apostamos en la esquina... Y *nos apostamos a que* no nos moviamos hasta que arrancásemos el secreto al palacio dormido.

Llevábamos diez minutos de mortal impaciencia cuando se abrió la verja del jardín...

RAMOS DE CASTRO Y LÓPEZ MARÍN.

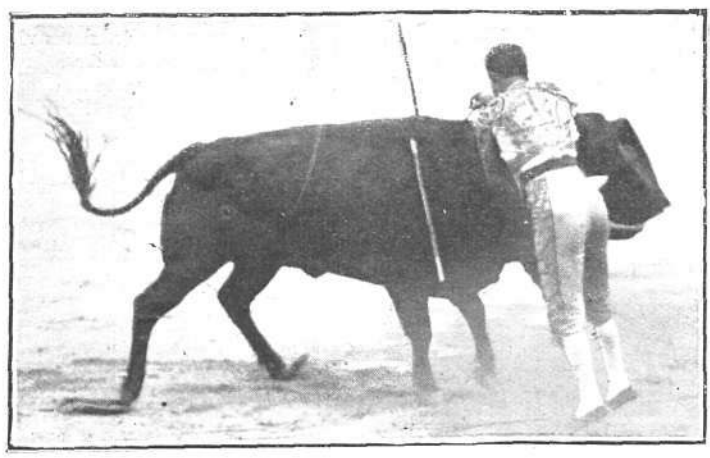
(Esto no puede quedar así. Esto continúa en el número próximo.)

© Biblioteca Nacional de España

La hora taurina

ALTERNATIVA DE PABLO LALANDA

Al asegurar que *Fortuna* es un buen torero no decimos nada nuevo. En todos los tonos lo han dicho la mayoría de los revisteros. ¡Si *Fortuna* quisiera...! Pero *Fortuna*, cuando quería, tropezaba con toros que no querían, y remotos ya aquellos tiempos de su rabia novilleril, cuando se *entregaba* a los toros, a todos los toros, se desanimaba el bilbaíno, y uno a uno, más afortunados, que no mejores, fueron pasándole los primates del toreo moderno, Granero, *Chicuelo*, La Rosa... Con menos méritos, pero con más suerte. Y así, llegamos al domingo. El domingo le salió un toro a *Fortuna*, y como cuando un torero se encuentra con un toro, la fiesta brilla con sus más deslumbrantes fulgores, *Fortuna*, de un solo empujón, volvió a ponerse a la cabeza de los que le habían alcanzado, más por suerte que por méritos. Y cortó una oreja y dió la vuelta a la plaza, recogiendo puros y sombreros, escuchando aclamaciones delirantes...



Fortuna *en el volapié que le valió la oreja.*

Pablo Lalanda, que se doctoró, puede ser matador de toros. Hay valor, juventud, amor propio y atisbos de arte. Hace diez años seguiría siendo un novillero de nota. Hoy puede ser matador de toros.

Chicuelo, menos apático que otras veces, se compuso a ratos con sus toros y se descompuso en otros momentos.

Y con decir que el ganado del marqués de Llen no aumentará el prestigio de la vacada, damos por terminadas estas líneas.

CHARLOT, CHISPA Y EL BOTONES

Una actuación bufotaurina para presentación de *Chispa*. El substituto de *Llapisera* es gracioso y es bravo.

Basilio Barajas rejoneó muy bien, y los torerillos encargados de la parte seria se portaron con decoro.

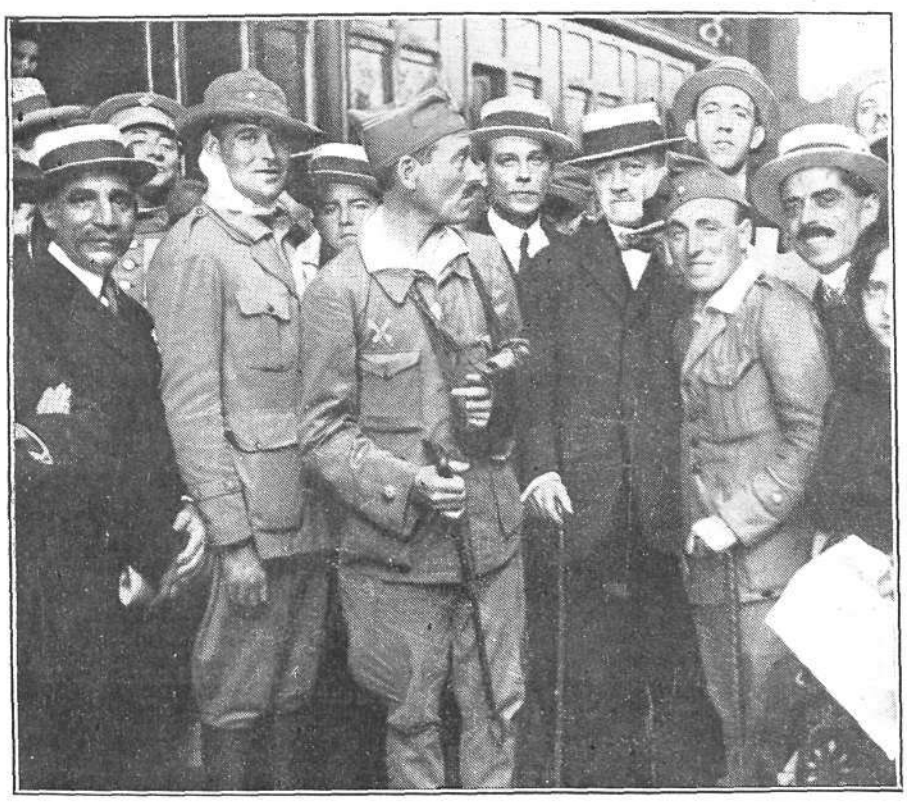
Y nada más.

EL CAUDILLO DEL TERCIO

Millán Astray, la más interesante figura de esta guerra, ha llegado a Madrid el miércoles. Viene a que el calor de su hogar le cierre los bordes sangrientos de la herida gloriosa.

Madrid entero, desde el Rey al último jornalero, ha recibido al teniente coronel Millán con emoción profunda, con entusiasmo cálido y sincero.

Y es que con la figura ágil y nerviosa del caudillo, que tan alto pone el nombre de España en los campos rifeños, revive la leyenda galante y heroica de los Tercios del duque de Alba.



Con Millán han venido el escritor y legionario Carlos Micó y dos oficiales. Todos ellos heridos, y todos ellos, como su jefe, cubiertos de gloria, de esa gloria que compraron con su sangre en los áridos breñales africanos.

© Biblioteca Nacional de España

ALLÀ PELICULAS

UN EPISODIO

Estas gentes de la pantalla son más divertidas que un señor con hongo. Verán ustedes lo que ha pasado en Los Angeles.

En uno de los descansos de la impresión de una película con bandidos, cow-boys, precipicios y pistolas americanas, los empresarios de la film se reunieron en un salón para repartirse una cantidad más crecida que José María Carretero, como saldo trimestral del negocio. Sobre la mesa estaban los billetejos, cuando, ¡zas!, una puerta que se abre y cinco enmascarados de película que penetran empuñando mortíferos cacharros y lanzando el protocolar grito de «¡Manos arriba y boca abajo todo el mundo!»

Los empresarios creyeron que se trataba de una broma de los artistas, y los dejaron hacer. Y lo que los dejaron hacer fué llevarse el susodicho saldo trimestral, que no han vuelto a ver ni en la pantalla.

Sería más tonto que un sainete de Fernández del Villar, tener que decir que los empresarios de Los Angeles están dados a todos los demonios.

EN ROYALTY

FIFÍ. — *¡Hay que ver, Polito; no me haces caso!...*

POLITO (con la boca llena). — *Por eso; porque hay que ver.*

FIFÍ. — *Y ¿qué comes?*

POLITO. — *Un panecillo.*

FIFÍ. — *¡Qué ordinario!*

POLITO. — *Pues está muy cocido.*

FIFÍ. — *Digo que eso de comer pan en el cine, es una ordinariez.*

POLITO. — *Pues me lo has sugerido tú.*

FIFÍ. — *¿Yo?... ¿Por qué?*

POLITO. — *Porque como esta tarde me dijiste que iríamos tarde a cenar, porque veníamos a ver una película de largo metraje..., ¡pues* me traje *un* largo!

En el número próximo aparecerá una información interesantísima de nuestro compañero César Jalón.

De guante blanco

HAN regresado de Zarauz los Sres. de Donoso Mendizábal.

Nosotros los hemos saludado, en el mes de julio, en Navalmorcuende; pero ellos dicen que han regresado de Zarauz, y aquí no nos gusta llevar a nadie la contra, para que pierda el color.

* * *

Ha sido pedida la mano de la señorita del montón Pilita Patiño para el sagaz aficionado Manito Cascales.

Con la mano de Pilita se llevará Manito algunas pesetas.

Salud y heroísmo.

* * *

Ha sido elegantemente bautizado a los nueve años de edad el niño Vigberto Pereantón López, hijo del valeroso oficial de la Cruz Roja D. Dámaso Tirapatraga y de su bellísima esposa, D.ª Agustina Maluenda (*néé* en 1843 Tinita Berúlez).

COSAS DE GARCÍA ÁLVAREZ

HACE cinco días entró el jovial coautor de *El terrible Pérez* en una frutería de la calle del Barquillo. Tanteó dos melones con la pericia de un inteligente — el hábito de los saloncillos —, y preguntó:

— ¿Cuánto valen estos dos *colegas?*

— Por ser para usted — le respondió el dueño —, se los voy a dejar en siete pesetas.

— Y yo — dijo por toda respuesta Enrique. Y salió andando.

ESCENAS

Adelita Lulú se fué a América, llena de ilusiones y de baúles.

Mujer sugestiva, algo frívola y bastante codiciosa, llevaba en el equipaje un programa cuya substancia era ésta: traerse a España un loro, cuatro piñas y algún dinero. La Lulú llama algún dinero *a cincuenta mil duros* pa *arriba.*

Llegó a América, y conoció a un rey de esos del millón: llamémosle el rey de la bencina. *Este* monarca *empezó a hacer dibujos por la Srta. Lulú, y la Srta. Lulú cobró por estos dibujos el importe de una casa en la Gran Vía. Le pareció poco, y se llevó a su familia.*

Adelita Lulú regresa a España con toda su familia, un loro, cuatro piñas y algún dinero. Y regresa porque al rey de la bencina no le ha quedado ya ni una lata vacía.

El pobre hombre se pasea todas las mañanas por los parques, todo roto y mirándose el traje lleno de manchas. «¡Yo, el rey de la bencina y hecho una birria! Así tropiesen *con un banco de arena.»*

El transatlántico no sabemos si tropezará con algún banco — ¡Dios no lo quiera! —. Adelita Lulú, en cuanto llegue a Madrid, tropieza con uno: con el Banco de España.

* * *

A La Goya *se le han extraviado cuatro o cinco baúles cuando hacía el viaje de Madrid a Sevilla, adonde iba a trabajar en el Salón Lloréns.*

La Goya *se ha quedado en cueros..., artísticamente hablando, claro está.*

Cuando La Goya *fué a reclamar su equipaje a la Compañía de ferrocarriles, le dijeron que ya verían.*

— Ya ve usted; y ahora, ¿cómo salgo yo a escena?

— ¡Pues por la lateral izquierda!

— ¡Me han dejado ustedes desnuda!

— No diga usted eso, que va a haber un desbarajuste en la línea.

— ¿Y quién los habrá robado?

— Han debido de ser unos maletas.

¡No, si eran baúles!

—Señorita, recuerdos a Muñoz Seca, y que usted lo pase lo mejor que pueda.

FRA-DIÁVOLO.

LAS «DERRAMAS»

EN las cervecerías madrileñas está muy en boga el juego de los números. Consiste este juego en escribir en un papel unos cuantos números. Cada jugador escoge uno, que apuesta. Y empieza el papel a correr de mano en mano, entre los jugadores, para que estos borren, uno a uno, todos los números. El jugador cuyo número no hayan acertado a borrar los demás, pierde. Y paga la cerveza.

Pues bien: hace pocas noches se entretenían con este juego — que es, además, un excelente pretexto para beber mucha cerveza —, un popular dibujante, un conocido escritor y uno de nuestros más conocidos concejales. El caricaturista y el periodista se disputaron una jugada. Total, siete reales de dorado líquido. Y el concejal exclamó:

— ¡Parece que asistimos a la sesión municipal de ayer!

¿Qué pasó en la última — cuando escribimos estas líneas — sesión municipal? La prensa diaria ha aludido al vergonzoso asunto. Pero no con la precisión debida. Nosotros supliremos esta deficiencia. Hace unas semanas que nuestro Ayuntamiento acordó no conceder en diez años licencias de apertura para establecimientos en que hayan de expenderse artículos de primera necesidad. Sobran carnicerías, tahonas, tabernas, tiendas de comestibles, etc., etc. Y esta profusión de comercios de esta índole, es causa principal de la carestía de los productos que venden. El Ayuntamiento, por esta vez, había acertado. Pero... Un edil independiente, el Sr Silva, al regresar a la Villa y Corte, terminado su veraneo, tropezó con este acuerdo, que calificó duramente. Según este señor, sobre ser equivocado, era ilegal. ¡Oh, la ley, en las Corporaciones populares, es la gran alcahueta de todos los chanchullos! Y propuso su anulación. Fué entonces cuando se habló de la existencia de una *derrama* del gremio de ultramarinos...

Con dinero se consigue todo o casi todo. Especialmente en los Municipios. Por ello es imprescindible la *derrama*. En este caso los tenderos parece que han entregado quince, diez y cinco duros, según categoría. ¿Para quién? ¿Con qué finalidad?

El lector sabrá cuanto desea saber, con solo que se fije en lo siguiente: el acuerdo a que nos referimos beneficia al vecindario y perjudica al gremio, en cuanto le pone limitaciones... Luego, la *derrama*, lógicamente, se hizo para echar abajo el acuerdo municipal.

EL ALCALDE DE ZALAMEA.

CONFECCIONADOR: F. RAMOS DE CASTRO.

© Biblioteca Nacional de España

BAILES Y CANCIONES

Lolita Méndez. Así, sin adjetivos; porque con decir Lolita Méndez, el público dice: «Arte», y el empresario dice: «Llenos».

En Fuencarral han contratado a Edmond de Bries y a Lola Montes. Dos atracciones, como dicen que se dice. Para que ni él ni ella tuviesen celos artísticos, la empresa tuvo una idea casi genial. Cruzar en el cartel los dos nombres, y así resulta una cruz. La cruz de Fuencarral.

Con motivo de esta cruza se han hecho unos chistes estrepitosos.

Y es que hay por ahí unas almas negras...

* * *

Dora la Cordobesita es un pedacito de mujer morena, capaz de poner a Bergamín más nervioso que un flan.

Tiene — ella, no él — un sentido del ritmo que para sí lo quisiera el maestro Badía. Como bailarina es un monumento. Cantando es un sereno, y que nos perdone la manera de señalar. Pero sobre todas las cosas, es una mujer llena de luz y de color.

Lo mismo que nosotros opina el minúsculo *Chicuelo,* que se está gastando el dinero de las corridas en palcos para el teatro Maravillas.

A *Chicuelo* le gusta *Dora la Cordobesita*, y a *Dora la Cordobesita* es muy posible que le guste *Chicuelo*. Hay un indicio que nos *tambalea*. En su cuarto del teatro Maravillas, y en sitio preferente, tiene un retrato de *Chicuelo*.

Como a *Chicuelo* se le ocurra acercarse tanto al toro como se acerca a Maravillas, va a armar un escándalo. Pero no. La taquilla no «muerde» y los toros sí...

* * *

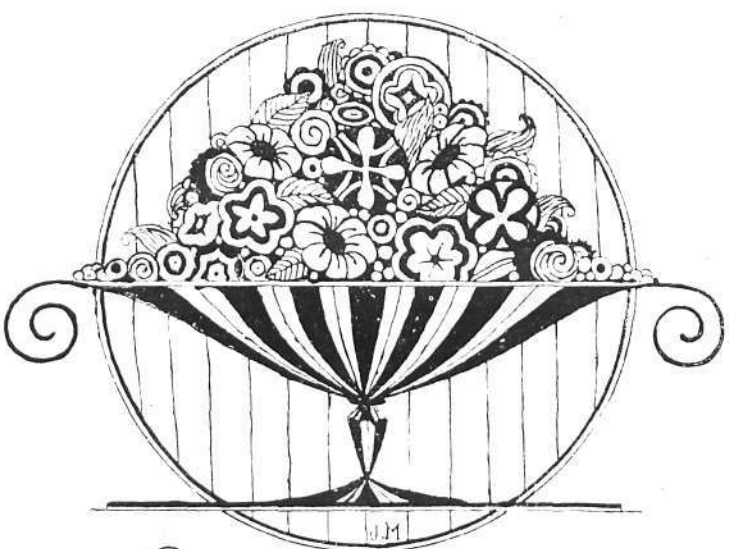
Dice por ahí un *jóveno* que *La Goya* es la actriz más formidable que ha tenido el género de las variedades. ¡Bueno! ¡Para qué le vamos a contrariar! El repertorio que lleva *La Goya* es casi todo de ese mismo *jóveno*. ¡Ah, vamos, ya! Entonces, sí... — M.

Sarah Ferrer, bonita ella y eminencia en el arte del baile, que el día 16 debutará en Romea.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



La Hora

© Biblioteca Nacional de España